

bres. Falcó se vió comprometido, teniendo que medirse á la vez con tres columnas que se dirijian á embestirle, apoyadas por la caballeria. Sostúvose no obstante cuatro horas, y viendo luego que iba á ser cortado, se retiró salvando los cañones. Una voz esparcida por la ciudad acusó de traidor á aquel desgraciado, y habiendo sido reducido á prision permaneció en ella hasta el fin del sitio, formándosele despues consejo de guerra, y siendo fusilado el 22 de agosto á las cinco de la mañana. Aspera y no merecida sentencia, y que si algunos consideraron malamente como medio de imponer á los traidores ó á los cobardes, no puede ser calificada por la historia sino como efecto del acaloramiento y de la exaltacion de las pasiones, cuando en realidad de verdad debian estar mas calmadas. Tanto, sin embargo, pudieron algunos ódios personales contra la victima, sacrificada en aras de la enemistad mas bien que en los altares de la patria.

Ocupado Torrero por los franceses, estendióse una de sus columnas hasta el puente del Huerva, y otra hasta el que se hallaba mas abajo junto al convento de San José. El acceso á las puertas de la ciudad les fué desde entonces tan fácil, que no tenian mas obstáculo que vencer sino el que podian oponerle los vados de aquel riachuelo. Lazan, Calvo de Rozas y otros sugetos de cuenta se dedicaron á arbitrar los medios de hacer frente á los nuevos ataques y de calmar el descontento popular, que atribuia la nueva y apurada situacion á lo que se acostumbra casi siempre en momentos de grave conflicto: á la poca pericia de las autoridades ó á ocultas y siniestras alevosias. Los gefes de Zaragoza ostentaron en aquellos instantes las elevadas dotes de sus almas, atentos solamente al deber y serenos é impávidos en medio del nuevo peligro. Faltos de pólvora, dieron sus disposiciones para traer de la fábrica de Villafeliche la cantidad que fuese dable; y habiendo llegado de Lérida alguna artillería gruesa y municiones, acabaron de guarnecer cuanto les fué posible los puntos que tan en breve iban á ser atacados. El enemigo mientras tanto rompió el fuego á las doce de la noche del 30, dando en ella principio al bombardeo, y empezando así para los zaragozanos el mes de julio, lloviendo sobre sus cabezas proyectiles y laureles á un tiempo, para servirnos de la espresion de Arriaza. Las bombas enviadas desde Torrero salvaron al principio la ciudad, y vinieron á caer en el Ebro ó sus inmediaciones; pero los franceses rectificaron bien pronto la punteria y la carga, y fueron mas certeros sus disparos. Las baterias de la Bernardona y del Conejar comenzaron á obrar á las seis. La campana de la Torre Nueva anunciaba con un toque las bombas que venian de monte Torrero, y con dos las que hendian el aire desde la altura de la Bernardona. Concierto singular el del bronce que lanzaba sus tiros de muerte, con el de aquel sagrado metal destinado á contar en la torre las horas que tiene la vida. Mil y ochocientas veces por lo menos sonó la tremenda campana, siendo mas de mil y doscientas las bombas y granadas que cayeron sobre la capital en las 27 horas primeras de aquel fuego infernal y espantoso. Las desoladas familias comenzaron á guarecerse en los sótanos y cuevas, que allí llaman *caños*, y los defensores mientras tanto no tenian un punto de reposo. El enemigo á las nueve de la mañana del dia 2 verificó un ataque general sobre todos los puntos. Las puertas del Portillo y Sancho, situadas al oeste de la poblacion, fueron las principales en sufrir, con particularidad la primera, siendo tal el estrago que en ella hubo, que la mal concluida bateria vióse luego casi echada por tierra. Los morteros de la Bernardona despedian sobre la Aljafería y las dos puertas inmediatas tres ó cuatro granadas ó bombas por cada una que enviaban á la ciudad, quedando la puerta del Portillo casi desierta enteramente, merced á la terrible mortandad. A las diez estaban heridos seis oficiales y su bravo comandante Cabrera, con 400 voluntarios. Los sacos estaban por tierra, los cañones se hallaban sin artilleros, el suelo rebosaba de sangre, y los miserables despojos humanos alternaban con las ruinas y escombros del improvisado reducto. Apoderada la consternacion de los pocos soldados y paisanos que restaban con vida, iban ya á abandonar aquel punto y á clavar los cañones, cuando sobreviniendo de la puerta de Sancho su comandante Renovales, contiene heroicamente al enemigo, que se prepara á

embestir, y hace volver al puesto á los que huían. La muerte mientras tanto no cesa, y la Puerta del Portillo vuelve nuevamente á quedar sin artilleros que sirvan los cañones. Reemplazados unos bravos por otros, sucumben estos tambien, y es preciso que los dragones lleven á la grupa los soldados y artilleros de otras baterías menos amenazadas, para surtir de gente á toda prisa la que ya mermando en estotra. En esto llegan á la ciudad, venidos en posta desde Barcelona, los subtenientes de artillería Bosete y Piñeiro, y sin tomar descanso ni permitirse la menor demora, parte el primero á la Puerta del Cármen y el segundo á la del Portillo, siendo nombrado comandante de esta el coronel Marcó del Pont, recién venido igualmente con 100 voluntarios de Tarragona. La inteligencia y el valor de los nuevos oficiales hacen que el paisanaje cobre ánimo, y recordando este su victoria de 15 de junio, mira la muerte con indiferencia. El enemigo despechado conoce que es inútil su intento, y que no le es posible internarse por los puntos que con tanto rigor bombardea. La puerta del Cármen, á cargo del valiente Larripa, recién llegado tambien, segun atrás dejamos dicho, con 500 soldados del regimiento de Estremadura, resiste con el mismo valor. La de Santa Engracia no tiene un solo gefe que dirija el fuego; pero Lazan, presente á todo y multiplicándose en todas partes todo el dia 1.º de julio, nombra por comandante suyo al capitán de ingenieros D. Marcos Simonó, y se evita con esto la horfandad de aquel interesantísimo punto. ¿Cómo espresar lo que él y Calvo hicieron en aquel espantoso y grande dia?

Menos activo por la noche el fuego de los enemigos, permitió á los nuestros rehacer los parapetos arruinados, arreglar las cañoneras del cuartel de caballería y casa de Misericordia, apagar con notable esposicion los incendios ocasionados por los mistos, recomponer lo destruido en la Aljafería, y prepararse en fin á un nuevo ataque por los medios que en tan angustiosa situacion les consentia la premura. El general Palafox, que desde el 14 de junio habia estado ausente de la capital, restituyóse á esta el 4.º de julio por la noche, y su presencia animó extraordinariamente á los zaragozanos en la furibunda embestida del dia siguiente. El valiente caudillo de Aragon no habia descansado durante su ausencia. Su objeto al salir de la ciudad fué reunir las tropas dispersas, llamar á las armas al paisanaje de los pueblos, y formar de este modo un ejército capaz de medirse con los franceses. Siguiendo la ribera izquierda del Ebro pasó este rio por Pina, y dirigiéndose á Belchite, pidió auxilios á las juntas de Soria, Sigüenza y Valencia. El baron de Versage, que despues de estallar la insurreccion en la capital habia sido enviado á Calatayud para observar el camino de Madrid, se reunió á su general en gefe con 5,000 hombres levantados de pronto. Palafox salió de Belchite y llegó el 21 á la Almunia, donde pasó reseña de su tropa y la del baron, componentes al todo un pequeño ejército de 5 á 6,000 infantes, 100 caballos y 4 piezas de artillería. Llegado á la Almunia el 25, reunió los gefes de toda aquella gente, allegadiza en su mayor parte, proponiéndoles tentar la suerte de las armas en campo raso y volar á continuacion al socorro de Zaragoza, cuya admirable defensa era tan superior á sus cálculos. El denuedo que animaba á Palafox no era patrimonio comun de todos los allí congregados. Los desgraciados combates de Mallen y Alagon y la salida de Zaragoza habian amenguado el valor de algunos gefes, los cuales aconsejaron á su general la retirada á Valencia, como único medio de no comprometer el ejército y no empeorar con una nueva derrota la suerte de la heroica ciudad. Palafox contestó que daria pasaporte á los tímidos que quisieran marchar á Valencia, y recorriendo las filas, *sigame el que me ame*, exclamó, A esta voz decidida y magnánima, proferida con todo el aliento con que saben lanzarla los héroes, respondió en todas partes un grito de aprobacion unánime, entusiasta, y siguióle todo el ejército. A la mañana siguiente movió el general sus tropas y se puso en marcha para Epila, con intencion de dirigirse despues á la Muela, poblacion situada á tres leguas de Zaragoza, donde pensaba atacar á los franceses y ponerlos entre dos fuegos, contando con los valientes de la capital. Lefebvre adivinó el objeto, y marchan-

do hácia Palafox, acometióle en Epila al anochecer del 24, cuando menos pensaban los nuestros que podian ser embestidos. Resistiéronse, sin embargo, en medio de la oscuridad con un valor digno de elogio, señalándose en la refriega el regimiento de nueva creacion llamado de Fernando VII, como si fuera cuerpo veterano. La artillería dirigida por D. Ignacio Lopez acreditó con sus certeros tiros la merecida reputacion de este inteligente oficial; pero los aragoneses tuvieron al fin que ceder, perdiendo los cañones y dejando en el campo de batalla mas de 1500 hombres entre muertos y heridos. Los que sobrevivieron á la derrota se retiraron á Calatayud. Palafox conoció con esto que empeñarse en medir sus tropas en campo raso con las aguerridas francesas, tan superiores á ellas en táctica y en disciplina, era partido harto desigual. Detrás de las tapias de Zaragoza, y unidas á su bravo paisanage, podian ser mas útiles sin duda. Reunidos en Calatayud los fugitivos, dejó en este pueblo un depósito al mando del baron de Versage, y dividiendo su gente en dos pequeños trozos, encargó el uno de ellos á su hermano D. Francisco, reservándose la guía del otro. Pasada la barca de Belilla, entraron felizmente en Zaragoza la noche del 1.º de julio, no en la tarde del 2, como dice Toreno. La fijacion exacta de esta fecha nos parece tanto mas importante, cuanto la admirable defensa del 2 de julio se debió en mucha parte á las disposiciones adoptadas por el jóven caudillo aragonés, y mal podria haberlo hecho no estando todo el dia en la ciudad.

El enemigo rompió el fuego con todas sus piezas á las dos de la madrugada, dirijiendo dos morteros, tres obuses y cuatro cañones contra el castillo de la Aljafería, y contra las puertas del Portillo y Sancho. El general Verdier, hecho esto, dispuso el ataque de la última puerta á las tres de la madrugada, continuándolo despues sobre la batería del Portillo, y disponiéndolo todo con la mayor inteligencia, puesto que llamó al mismo tiempo la atencion de los sitiados en todos los puntos. Era su objeto encubrir de este modo el verdadero ataque sobre la batería del Portillo; pero Palafox lo presumió, y dió las oportunas disposiciones para la mejor resistencia. El fuego de la puerta de Sancho dió la señal de alarma general, comenzando bien pronto á ser crítica la situacion de los defensores. Momentos hubo en que la batería del Portillo fué toda una balsa de sangre, hallándose tendidos al pié de las piezas hasta cincuenta artilleros y otros varios soldados y oficiales. Divididos los franceses en tres columnas, que á distancia de tiro se subdividieron en dos, aislaron con su marcha el convento de Agustinos, y cubiertos con este edificio, ocultaron desde el principio su verdadera fuerza; mas Palafox mandó enfilar las piezas de la cortina de la casa de Misericordia, y tuvieron que desenmascarse. La caballería francesa que estaba en el camino de la Muela cambió su posicion, y al empezar su movimiento comenzó la batería del Portillo un vivísimo fuego con sus piezas de grueso calibre, causando en ella notable destrozo. A esta sazón una columna de infantería de 700 á 800 hombres avanzó con denuedo extraordinario hasta unos veinte pasos de la batería, calando bayoneta y marchando á paso de carga; pero Palafox, que observaba con el comandante Marcó del Pont el movimiento del enemigo, y habia hecho cesar el fuego y aun retirado los centinelas para inspirarle mas confianza, hizo de pronto cargar todas las piezas, y cuando los mas osados se acercaban á asaltar la batería, confiados en que Zaragoza era suya, rompió un fuego espantoso de súbito, quedando tendidas en el suelo todas las filas de la columna en la misma formacion que traian. Verdier, visto esto, y vista igualmente la vigilancia y heroicidad de los defensores en todos los puntos de la línea atacada, conoció por tercera vez que ó no era posible apoderarse de la ciudad, ó que si al fin lo conseguia, costaria su triunfo á la Francia mucha mas gente sin comparacion que la que su gefe habia empleado en la conquista de reinos enteros.

Cubriéronse de gloria aquel dia, tanto ó mas grande que el anterior, Renovales en la puerta de Sancho, Palafox y Marcó del Pont en la del Portillo, el presbitero Sas con sus escopeteros de S. Pablo en la huerta del convento de Agustinos,



Perez dib. y lit.

Litog. de Manu y C.^{ta}

AGUSTINA ZARAGOZA.



el capitán de ingenieros Armendariz y el de cazadores Santisteban en la casa de Misericordia y en el cuartel de caballería, Larripa en la puerta del Carmen, el comandante Simonó y el bravo labrador Zamoray en la de Santa Engracia y Torre del Pino, Lazan y el intendente Calvo en todos los puntos que recorrieron con admirable presencia de ánimo, y todos los defensores, en fin, porque es imposible citar nombres que sobresalgan entre los demás en pueblos compuestos de héroes. ¿Pero qué mucho que los hombres se escediesen valientes á sí mismos, cuando hasta las mugeres tomaban parte en la pelea, animando á los combatientes y llevándoles municiones, alimentos y bebidas por en medio del fuego enemigo? Una de ellas, mas grande ó mas afortunada que todas, la inmortal Agustina Aragon, tan agraciada y bella como brava, señaló su heroísmo en tales términos, que es imposible hablar del 2 de julio sin citar su intrépida hazaña en aquel día de desolacion y de gloria. Era uno de aquellos momentos mas criticos, y que á veces deciden la suerte de las mas resueltas poblaciones. La batería del Portillo estaba sin gente, habiendo huido toda de aquel monton de ruinas, cuyos artilleros estaban tendidos en tierra. Al espirar el último, avanzaba una columna francesa con la seguridad de entrar en la poblacion en aquel intervalo de muerte. Visto esto por Agustina, arrebató la mecha de las manos del artillero moribundo, y aplicándola á un cañon de 24 cargado de metralla, tiende la columna por tierra, salvándose así aquel punto tan inesperadamente, merced á la audacia de la muger del pueblo. Levantados con esto los decaídos ánimos de los hombres, á quienes Calvo hace retroceder desde el Mercado, vuelven todos al punto desierto, donde Agustina ha jurado no desamparar su cañon sino con la vida, y á una proeza se suceden otras, y á un laurel adquirido otros mil. Palafox premió á la heroína con un escudo de honor y con las insignias de oficial.



EL PREMIO DE LA HEROINA.

Grande, pues, fué el triunfo alcanzado por los zaragozanos en el segundo día de su bombardeo, á pesar de lo bien combinado de la acometida. Su heroísmo, sin embargo, no pudo impedir que el enemigo se apoderase del convento de San José, situado á la derecha del Huerva cerca de la Puerta Quemada, y del de Capuchinos á las inmediaciones de la del Carmen. Desesperada fué la defensa de ambos puntos,

y larguísimo tiempo el empleado por los franceses para enseñorearse de ellos; pero reforzados en el primero, y habiendo los defensores puesto fuego al segundo, después de batirse cuerpo á cuerpo en la iglesia, en los claustros y en las celdas, quedaron uno y otro en poder del francés á costa de muchísimas vidas. La torre ó casa de campo de Alarés, situada entre Capuchinos y la puerta del Cármen, fué ocupada también por el enemigo, después de batirla en brecha desde el convento, construyendo los franceses un ramal á tiro de pistola de la puerta del Cármen, revistiendo su obra con gaviones y fajinas.

Estrechóse con esto la distancia que mediaba entre el sitiador y el sitiado, siendo precisa desde entonces la vigilancia mas esquisita para evitar que el enemigo intentase un golpe de sorpresa escalando la tapia del Cármen, como lo intentó, bien que en vano, en la noche del 17. Los nuestros trataron de desalojar á los franceses de aquel parapeto tan próximo al suyo, pero fué vanamente también, y hubieron de retirarse con alguna pérdida. Los zaragozanos pusieron en ejecucion con frecuencia las mas arrojadas salidas, cayendo mas de una vez, no solo en la oscuridad de la noche, sino á la clara luz del mediodía, sobre los formidables atrincheramientos del campo francés, no pudiendo, sin embargo, impedir que el enemigo construyese un camino cubierto en toda la estension de su línea desde la Bernardona al convento de S. José, y que colocase á su abrigo multitud de morteros y cañones. Los sitiados talaron sus campos, cortando los olivos y quemando las mieses, y reduciéndose á la indigencia á trueque de impedir que el enemigo ofendiese á mansalva la ciudad, cubierto de su abundante y rica vejección. Esta medida embarazó algun tanto las operaciones del campo francés, pero no hizo mas que retardarlas; pues abundando como abundaba en medios artificiales, pudo á falta de otros esplotarlos en perjuicio de la ciudad, quedando casi contiguo á ella en toda la estension de su línea meridional, como arriba se ha dicho.

Antes de esto intentaron los franceses cercar á Zaragoza por la orilla izquierda del Ebro, á cuyo efecto cruzaron el rio el 40 de julio en un puente de balsas, construido con gruesas vigas de seis varas de largo. Los nuestros opusieron resistencia, trabándose en accion con los franceses en el punto de Ranillas, y continuando el choque con teson en los dias 40 y 41. El general Palafox, su hermano D. Francisco, el intendente Calvo y el inspector Obispo se hallaron en persona en la accion, quedando el triunfo últimamente por el enemigo, el cual sin embargo no se atrevió á avanzar muy adelante. Con esto construyeron los vecinos del Arrabal tres baterías, desde las cuales impusieron á los franceses, midiéndose con ellos repetidas veces y teniéndolos estacionarios cuando no conseguian ponerlos en fuga. El famoso tío Jorge, de quien en otro capítulo hemos hecho señalada mencion, fué, se puede decir, el alma de la defensa que por aquella parte hizo el paisanaje del Arrabal. Dueños los franceses de las muy feraces campiñas que se estienden al norte de la ciudad, comenzaron á talarlas é incendiarlas; y mientras las fuerzas que habian pasado el Ebro por enfrente de Juslibol se ocupaban en esto, cruzaban igualmente el rio por la parte de Pina algunos dragones franceses. Estos no consiguieron circunvalar completamente la ciudad por carecer de gente para ello (1);

(1) El número de franceses que cercaron á Zaragoza en el primer sitio parece estar sujeto á discusion. El cronista D. Agustin Alcaide Ibieca en su obra titulada *Historia de los dos sitios que pusieron á Zaragoza en los años de 1808 y 1809 las tropas de Napoleon*, dá á Verdier y á Lefebvre aunados unos 10 á 12,000 hombres, conviniendo Toreno con este aserto, puesto que les atribuye 11,000. Palafox, sin embargo, en una de sus observaciones dirigidas al espresado Alcaide, sienta la proposicion terminante de que las tropas francesas pasaban de 23,000 hombres de todas armas, mientras el coronel Marin en su bien escrito opúsculo titulado *Memorias para la historia militar de la Guerra de la Revolucion española*, dice: «que el ejército sitiador ascendia á 32,000 hombres.... de los cuales apenas volvieron 12,000 á Navarra.» Este cálculo es evidentemente exagerado, como lo es en contrario sentido la espresion con que Foy califica de *un puñado de hombres* al ejército cuyas repeti-

pero amenazada esta en todo su circuito, y dividida la atención de los sitiados, precisados á acudir simultáneamente á la defensa de tantos y tan interesantes puntos, el resultado vino á ser el mismo, atendidos los apuros que reinaban dentro. Destruído el puente del Gallego, quedaron desde entonces cortadas las comunicaciones de la capital con Cataluña; y habiendo el enemigo incendiado los molinos de harina que proveían al principal alimento de los defensores, añádióse en el recinto este nuevo motivo de miseria, al que la doble tala de las mieses acababa de producir, siendo preciso, para evitar los horrores del hambre, amasar con harina que tenia el vecindario un malísimo pan de municion. A estas desgracias se añadió otra nueva. Los zaragozanos se surtían de pólvora, despues que se voló el almacén, haciéndola venir de la fábrica de Villafeliche, distante doce leguas, con cuyos envíos y con la que precipitadamente se elaboraba dentro, podían atender á sus mas perentorias necesidades. Los franceses, atentos á todo, no podían echar en olvido la ocupacion de aquella fábrica; y si bien el baron de Versage les impidió su objeto por el pronto con las tropas que tenia en Calatayud, hubo al fin de ceder, despues de algunos choques, á la superioridad numérica de la fuerza enemiga, cayendo en poder de esta los molinos de pólvora en el segundo tercio del mes de julio. Necesario fué, pues, redoblar el esmero en Zaragoza para la elaboracion de tan importante artículo, explotando la tierra de las calles para obtener salitre, quemando la caña del cáñamo para hacer carbon, y acopiando el azufre posible donde quiera que podía encontrarse. El oficial de artilleria D. Ignacio Lopez es citado por Toreno, y merece serlo, entre los que mas contribuyeron al acierto de estos y otros trabajos hasta el fin del sitio. Para la elaboracion de la pólvora estableciéronse en el recinto de la ciudad sendos molinos movidos por caballos.

Largo sería enumerar ahora los diversos hechos de armas que tuvieron lugar hasta el último dia de julio, en una y otra orilla del Ebro, mereciendo señalada mencion la ocupacion y defensa de la torre del Arzobispo por los nuestros al nordeste del Arrabal, la arrojada salida del 29 de julio á fin de sostener la misma torre, la derrota de los franceses en el mismo punto y en sus inmediaciones el célebre dia siguiente, y las reñidas acciones de las puertas de Sancho y del Portillo, Cármen y Santa Engracia, en que se reprodujeron por parte de las mugeres hazañas parecidas, sino iguales, á la de la famosa Agustina. Hechos grandiosos que muy á pesar nuestro, y por no pecar de prolijos, tenemos que considerar como otros tantos desperdicios de gloria, con los cuales podria acreditarse la bravura de cualquier otro pueblo. El dia 31 de julio tenia el enemigo perfeccionadas sus obras y construidas siete baterias, con 60 piezas á tiro de pistola de nuestras débiles tapias y terraplenes. En la mañana del mismo dia rompió el bombardeo de nuevo, continuando hasta el 4 de agosto, y lanzando sobre la capital tal lluvia de proyectiles, que en el solo espacio de catorce horas contó el 3 el vigia de la Torre Nueva setecientos disparos de obus, cañon y mortero.

Las derrotas delante de las frágiles tapias de aquella ciudad le maravillan y sorprenden tanto. En tan opuestos extremos, nuestra opinion, á ley de imparciales, es que las tropas francesas, no habiendo podido cercar *herméticamente* la poblacion, fué solo por carecer de gente bastante para ello, lo cual no impidió que el sitio, aunque imperfecto, fuese de los mas formidables, atendida la desprevencion de la ciudad, su falta absoluta de recursos y de medios materiales de resistencia, y lo demas que llevamos espuesto. Demas que la caballeria francesa era tan numerosa en proporcion de su infanteria, que las salidas y entradas en la plaza por la parte del Arrabal exijian un arrojado temerario de parte de los defensores, acchados sin tregua ni respiro por tantos brillantes ginetes como ocupaban la ribera izquierda.

Pudieron, pues, los franceses tener cuando mas 16,000 hombres, contados todos los refuerzos que les vinieron de Navarra, y este número es mas que bastante, aun cuando se reduzca á 11,000, para admirar la defensa de aquella poblacion, defensa creida *imposible* por cuantos conocian la plaza, hasta que los zaragozanos demostraron que no hay imposible ninguno para un pueblo resuelto á pe-
recer antes que sucumbir á sus contrarios.